

**Dra. Dña. Carmen de la Calle**

Directora de la Cátedra Santander de Responsabilidad Social

Universidad Francisco de Vitoria

Buenos días, muchas gracias a la organización por invitarme a participar en este congreso, porque una vez más estoy viviendo en comunidad cómo Dios nos sale al encuentro.

Permítame que empiece con una imagen para describir de forma gráfica cómo actúa la fuerza transformadora de la oración: es algo parecido a lo que sucede en un embarazo. Una nueva vida va anidando en la madre, distinta de la suya pero en ella, al principio sin darse apenas cuenta, luego va creciendo, tomando forma y empieza a ser también evidente para los demás. La mujer no controla el embarazo, no lo domina, le ha sido dado, regalado y es muy consciente de que no depende solo de ella que siga su curso, Ella continúa con su vida cotidiana pero ahora todo es distinto, adquiere un nuevo significado: hace lo de siempre pero como nunca lo había hecho antes... Es muy impresionante, las que lo han experimentado saben a lo que me refiero: ya nunca más te vuelves a sentir igual: la certeza de esa nueva vida te acompaña siempre y esa compañía que crece dentro de ti lo cambia todo: tus prioridades, tus deseos, tus proyectos. De alguna manera, todo gira en torno a esa vida naciente, que viene envuelta en misterio e incertidumbre pero que te llena de un gozo profundo, y sabes que a pesar de algunos sacrificios y renunciaciones, merece la pena, compensa todo.

Como sucede con la oración... No eres tú, es Él. Cuando has hecho la experiencia de encontrarte con Cristo en la oración sabes que eso es algo más grande que tú, que no viene de ti, que cuenta con tu libertad pero que no eres tú el que obra el milagro... eso te cambia y aunque pase el tiempo y dejes de rezar, nunca olvidas la experiencia de que la vida de Dios, si le dejas, puede crecer dentro de ti. Parece una locura, pero no lo es, es dejar que Dios se abra camino dentro de ti, es dejarte alcanzar por Él, ponerte a tiro. Y esto, da sus frutos, a veces no son tan evidentes como un recién nacido, pero yo he sido testigo de la fuerza transformadora de la oración en mí y en otros.

Y esto de rezar, ¿de qué manera afecta al compromiso social? La oración lo cambia todo, también el compromiso social. Lo catapulta a otra dimensión. Cuando lo vertical de la solidaridad se encuentra con lo horizontal de la caridad se dibuja la figura de la cruz que lo transforma todo, es la transfiguración del dolor desde el amor con un rostro concreto: el de Cristo.

Desde niña hice voluntariado, llevo mucho años trabajando profesionalmente en el ámbito de la responsabilidad social, de joven me tocó estar en primera línea, que es lo que más me gusta, pero luego como profesora de Responsabilidad Social, he podido acompañar a otros jóvenes en este recorrido del compromiso social, un camino de crecimiento extraordinario, que necesita de la compañía de otros y que a veces, pide a gritos, la compañía de Otro, con mayúscula.

Salir de uno mismo para comprometerse con el otro, especialmente con el que más lo necesita, es fuente de gozo y plenitud pero no está exento de dificultades. Sobre todo de las que nacen de saberse limitado y a veces más necesitado que aquel al que incluso pretendes ayudar.

Nuestra vida está entrelazada con la vida de muchos otros y alcanzamos la plenitud a la que estamos llamados en la medida en que nos encontramos con ellos, poniéndonos en juego. Cada vez que acompañas a una persona mayor que se siente sola en una residencia, a una mujer enferma que está hospitalizada con miedo al dolor, a un niño que tiene una discapacidad y te necesita para salir de

excursión o a un hombre que duerme en la calle por la crisis aunque vista con chaqueta y corbata... experimentas la grandeza de la donación y reconoces que ellos te han enseñado lecciones de vida que no aparecen en los libros, tampoco se enseñan en el aula. Se descubren y se aprenden en el tú a tú, en el encuentro persona a persona, en el espacio sagrado de la intimidad que surge cuando el dolor está cerca, en ese poder asomarse a la grandeza y al misterio del corazón humano.

Y es ahí cuando conectas con esos temores y anhelos más profundos que se esconden también en tu propio corazón, y que tienen mucho que ver con los que el otro te desvela: el miedo a la soledad, al dolor, a la pérdida, al fracaso, a ser invisible para los demás, a ser mezquino, a defraudar a los que quieres... Y también conectas con el deseo de hacer grandes proyectos, de pasarlo bien y disfrutar, de cumplir tus sueños, de tener verdaderos amigos, de ser reconocido por lo que eres y no solo por lo que tienes o haces, en definitiva, conectas con tu anhelo de ser abrazado, de amar y ser amado.

Es entonces cuando descubres que lo que te une a ese otro tan lejano y ajeno a tí en apariencia, es mucho más grande que lo que te separa de él, y puedes entonces trazar un puente entre los dos para encontraros y salir ambos enriquecidos de ese encuentro.

Esta es la fecundidad del encuentro, especialmente del encuentro con el que sufre, que no es más que el encuentro con uno mismo, con tus luces y tus sombras. Y todo esto me lo han contado muchos de mis alumnos, lo he aprendido con ellos en este recorrido de doble dirección que sale al encuentro de la necesidad del otro para descubrir la propia necesidad. Vivir la caridad es abrir la puerta a la felicidad a la que estamos llamados. Y al mismo tiempo, enfrentarse a la miseria, la enfermedad o la injusticia social duele y es ahí cuando solo queda alzar la mirada para encontrar la fuerza y el sentido en el único que de verdad te lo puede dar.

Aquí no sirven medias tintas ni sucedáneos, esto exige una respuesta verdadera porque en situaciones límite no valen parches ni soluciones parciales. O experimentas la incondicionalidad del que te ama como eres o sucumbes al desaliento y la desesperanza. Al menos así lo he vivido yo, aunque también he de reconocer que me he encontrado en este camino del compromiso social, con personas muy generosas, que se autodefinen como ateas, que entusiasmadas, es decir, llenas de Dios, sin reconocerlo como tal, han perseverado en esto a pesar de los pesares, por puro altruismo o solidaridad.

Pero creo, porque así lo he experimentado yo al menos, que esto se da de forma completa si te abres a la trascendencia, no basta el "ayudando a otros me ayudo a mí mismo", "hoy por ti, mañana por mí, te doy porque me das, porque te necesito"... son razones desde la reciprocidad que domina la mentalidad actual. Salir de mí misma y ser solidaria siempre a base de fuerza de voluntad es imposible para mí por mí misma... si sólo se apoya en mi frágil voluntarismo estoy vendida, porque sé que tiene los días contados. Es entonces cuando busco a Dios en la oración aunque me cueste, porque solo si el otro es el rostro de Cristo para mí, puedo acogerlo y abrazarlo desde la gratuidad, pero no desde la mía, que tiene fecha de caducidad, sino desde la de Cristo, que pierde su vida por mí primero para rescatarme del infierno de mi egoísmo.

Recibir al otro es también recibirse a uno mismo. El otro es un espejo en el que me reflejo: me veo, por eso me conmuevo ante su herida que hace que mi propia herida reclame también una respuesta. Aprendo a conocerme a mí mismo a través del otro, con el que comparto mi precariedad. Yo te necesito a ti más de lo que tú me necesitas a mí. El otro es una oportunidad que Dios me otorga para que yo aprenda a amarme bien a mí mismo y esto lo descubro de nuevo en la oración.

En el respeto absoluto a la dignidad del otro en el que toco lo sagrado, porque toco al mismo Cristo, está el fundamento del compromiso social y también de la verdadera autoestima.

Sólo entonces puedo dejar de disimular mi fragilidad, ya no temo mostrarme vulnerable, necesito ser amado sin condiciones, con mis fortalezas y mis debilidades, también cuando no me lo merezco y sólo desde la experiencia de saberme amado así por Dios puedo aprender a amar al otro tal cual es, puedo dar la vida porque Cristo ha dado la suya por mí.

Servir es acompañar, es hacernos cargo los unos de los otros, pero no solo desde mis propias fuerzas.. Para aprender a servir, debo primero dejarme amar por Dios. Entonces, el gozo y agradecimiento que manan de comprometernos con los demás, lejos de ser un narcisismo sentimentaloides, nacen de la auténtica caridad, la que construye Cristo sobre mi libertad. Todo es cosa de Dios que quiere contar con mi casi nada para salvar al mundo.

Cristo es el primero en acogerme y amarme y eso es lo que me permite recoger al otro en su necesidad. Este don recibido me sitúa, me capacita para acoger al otro como yo he sido acogido, desde la profunda gratitud de saber que he recibido mucho más de lo que he dado. Y todo esto, de nuevo, lo descubro en la oración.

Si miro a Cristo y me dejo mirar por Él primero, puedo entonces mirar al otro con los ojos de Cristo y ver en él a alguien por quien merece la pena dar la vida como Cristo la ha dado por mí. Lo que le sucede al otro me atañe, no me resulta ajeno e indiferente. El compromiso con el otro da sentido a mi existencia, porque éste reside en dar la vida, y el que vive para otros descubre a Cristo en los otros.

Se puede hacer experiencia del amor de Dios desde la oración, también en aquello que golpea mi conciencia social, en las cruces cotidianas, en el dolor y la injusticia que yo solo no puedo solucionar. Es Él quien nos llama a la donación de lo que nos ha sido dado con gratuidad: reconozco mi limitación pero soy también don y me pongo en juego para responder a la llamada de Otro, desde la experiencia de que me ha sido regalado todo.

He sido convocado a una comunidad para servir que es la Iglesia, en la que cada uno ha de llevar a cabo la tarea que le ha sido encomendada: cumplo con mi parte y confío en Dios, hago lo que me toca a mí y luego a descansar porque... Dios está siempre despierto. "Sólo yo puedo responder con mi libertad pero no yo solo", siempre de la mano de Dios en la oración, que es donde hincada de rodillas, me coloco en mi condición de creatura y me agarro fuerte a Él y a su comunidad eclesíastica.

Y entonces puedo acompañar a otros desde la conciencia de que no soy yo, que es El el que hace los milagros, el que vence el mal con el bien, el que salva vidas, empezando por la mía. Solo desde esta toma de conciencia de saberme salvada puedo asomarme a la necesidad del otro. Y el otro es también un bálsamo para mis propias heridas porque Cristo se me hace presente en el que me ayuda a mí en mi necesidad.

Mi oración en los inicios de mi compromiso social era: *"Señor, ayúdame a ayudar, quiero cambiar el mundo"*. Más adelante, suavizado un poco ese ímpetu primero, pasó a ser: *"Señor, quiero cambiarme a mí misma para cambiar el mundo"*. Después, cuando ya me había dado de bruces con la realidad y había experimentado una crisis de fe, de la que por cierto, salí de rodillas, solo acertaba a rezar la oración que recitan en Alcohólicos Anónimos: *"Dios, concédeme serenidad para aceptar lo que no puedo cambiar, valor para cambiar aquello que puedo y sabiduría para reconocer la diferencia."* Desde entonces, ésta sigue siendo la música de fondo en mi oración diaria, intercalada con otras como *"Siento que me llamas a una misión más grande que yo y quiero responderte pero no sé cómo"* ó *"Dios mío, que no te estorbe, por qué quieres contar conmigo para esto, con lo torpe que soy"*, para llegar a un: *"Suelto el control, haz conmigo lo que quieras"* que Dios me regala de vez en cuando. De vez en cuando, cuando me abandono en sus manos y confío, cuando dejo de aferrarme al "yo": yo voy a darlo todo, yo, yo, me, mi, conmigo... Y renuncio a controlar, dominar, planificar como si todo dependiera de mí... sólo cuando me rindo y suelto el control y levanto los ojos a Dios para ponerme en sus manos, es cuando empiezo a vislumbrar la luz. Cuando le dejo a Él ser Dios. Y entonces, todo adquiere una nueva perspectiva. Las cosas fluyen, todo es más fácil sin dejar de ser difícil, porque el mando se lo dejo a Dios, que es el que sabe. Dios sabe más, siempre. Y confió en El, y me dejo llevar y le doy su lugar y disfruto descansando en su regazo.

La oración saca lo más profundo de uno, lo que necesita de silencio y contemplación para salir de lo superficial y que solo con la gracia de Dios nos es revelado.

En la oración Dios me coloca en la realidad de mi vida, y cada día he de volver a ponerme de rodillas para recordar que mi compromiso social ahora pasa por ser la mujer, madre y profesora que Dios quiera que sea en este momento, aquí y ahora. No es tanto lo que hago, sino cómo lo hago, con cuanto amor, y es en la oración dónde me es regalada la fuerza para florecer allí donde me planten desde Dios.

Ya no pretendo cambiar el mundo ni siquiera aspiro a cambiarme a mí misma porque sé que Él es el único que puede hacerlo, eso sí, misteriosamente quiere contar conmigo para ese cambio. Él es el único que de verdad puede sanar mis heridas y las del mundo. Y sólo desde ahí, me atrevo a salir al encuentro del que lo necesite, para acompañarle en su necesidad.

Termino con otra imagen, esta vez una con la que todos se pueden identificar: un niño partiéndose de risa, todos hemos sido niños y sabemos de esa confianza absoluta en nuestros mayores. Le pido a Dios que nos enseñe a dejarnos llevar por Él, a confiar plenamente en su amor, sin calcular riesgos, totalmente abandonados, como este niño que se deja llevar por otro, dispuesto a disfrutar a pesar de los pesares. **VIDEO**

Viajar en la avioneta del compromiso social es una experiencia extraordinaria, que te eleva a lo mejor de ti mismo y te hace sonreír. Pero si además dejas que sea Dios quien la pilote con la oración, tienes el éxito asegurado, porque **orar es confiar y confiar te hace disfrutar más.**